

Juan Duchesne Winter

Juan Carlos Quintero Herencia.
***La hoja de mar (:)* Efecto archipiélago I.**

Leiden: Almenara Press, 2016. 418 pp.

Juan Duchesne Winter es profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Pittsburgh, y PhD por la State University of New York-Stony Brook. Autor de *Invitación al Baile del Muñeco: máscara, pensamiento y territorio en el Amazonas* (Ediciones Aurora, 2017); *Caribe, Caribana: cosmografías literarias* (Editorial Callejón, 2016); *La guerrilla narrada. Acción, acontecimiento, sujeto* (Editorial Callejón, 2010); *Comunismo literario y teorías deseantes: inscripciones latinoamericanas* (Plural, 2009); *Del príncipe moderno al señor barroco: la república de la amistad en Paradiso, de José Lezama Lima* (Archivos del Índice, 2008); *Equilibrio encimada del infierno: Andrés Caicedo y las utopías del trance* (Archivos del Índice, 2007); *Fugas incomunistas* (San Juan, 2005); *Ciudadano insano* (Editorial Callejón, 2001); *Política de la caricia* (Editorial Nómada, 1996); *Narraciones de testimonio en América Latina* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991). Correo electrónico: duchesne@pitt.edu

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



**Más allá del liberacionismo caribeño: a propósito de *La hoja de mar (:)*
Efecto archipiélago I de Juan Carlos Quintero Herencia**

El núcleo mitológico del liberacionismo consiste en la identificación (a base de marcas como cultura, etnia, clase, género, etc.) de un sujeto al que se diagnostica como incompleto, dañado, alienado, traumatizado, carente de consciencia por resultado de procesos históricos como la colonización, el capitalismo y el neoliberalismo. Pero, se presume que, por motivo de una ley dialéctica, este mismo sujeto limitado por la subalternidad posee la potencia universal de redimir a la sociedad entera. Tal sujeto es así el actor político ideal a ser interpelado y movilizado por el discurso liberador del poder descolonizador para servirle en la implantación de la hegemonía de la élite dirigente y su cohorte de caudillos liberadores. El sujeto modelo de la hegemonía descolonizadora coadyuva a subjetivar y sujetar al resto de la sociedad como parte de la aplicación de todo un repertorio de técnicas antrópicas o *antropotecnias* (conversión, concientización, descolonización, eugenesia moral) que redundarían en el nacimiento de un “hombre nuevo”.¹ Los oráculos principales de este mito liberacionista del Caribe son ideólogos sigloveintistas como Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y Frantz Fanon. Tal mito prescribe, por supuesto, que toda sociedad caribeña se configura antes que nada como nación, la cual en cuanto colectividad dañada por el colonialismo expresa, por definición, un estado de humanidad caída, patológicamente dañada (por procesos históricos como el colonialismo, el capitalismo, el neoliberalismo), que aguarda su redención definitiva y su gloria eterna. Los estudios caribeños, es decir, la ensayística interpretativa de esa región geocultural y geopolítica presuntamente generadora de personas con identidad caribeña, están bastante saturados de mandatos liberacionistas e identitarios nucleados en menor o mayor grado, explícita o implícitamente, en torno a este núcleo mitológico. Cualquier examen somero de la bibliografía curricular del campo de los estudios caribeños confirma esa rutina académica aparentemente insuperable. Juan Carlos Quintero ha sido uno de los más ingentes críticos de este estado de cosas en el campo caribeñista. Su estudio, *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución Cubana (1960-1971)* (2002), documenta y analiza esa fulguración mitológica con lujo de detalles y reflexiones. La obra ensayística de Juan Carlos Quintero He-

1 Sobre la antigüedad de la *antropotecnia* del “hombre nuevo” y sus raíces cristianas, véase Fabián Ludueña Romandini (2010).

rencia es, en general, una de las pocas que presenta opciones diferentes al mito liberacionista caribeño. Quintero no pretende identificar a un sujeto caribeño y mucho menos colgarle el sambenito de “sujeto de la liberación” nacional, social, cultural o lo que fuere. En su más reciente obra, *La hoja de mar (:)* *Efecto archipiélago I* (2016), este crítico y poeta enfoca el Caribe como una trama de *efectos* corporales, sensoriales, sensibles, biológicos, geológicos, atmosféricos, astronómicos, lingüísticos e imaginarios, antes que una épica de sujetos, sociedades o culturas. Converge así con la visión cosmográfica del gran Saint-John Perse, el autor de la *Anábasis*.

Creo que conviene trastocar el sentido de la palabra “auténtico”. Lo auténtico convencional es lo aprobado y certificado por una autoridad acreditadora. Pero existen cosas que nos parecen auténticas precisamente porque ocurren fuera de programa, fuera de la cuantificación y del cálculo. Estamos aquí ante un libro académico, *pero* intelectualmente auténtico, publicado por una editorial extranjera en una lengua minoritaria, que es un verdadero ensayo y no un *paper* ampliado.

La hoja de mar (:) *Efecto archipiélago I*, de Juan Carlos Quintero Herencia, paradójicamente se suma, para deconstruirla, a la tradición latinoamericana del ensayo de interpretación del carácter de una nación, región o subregión, tradición que en muchos casos acude, no solo a la historia y la sociología, sino también a la geopoética. La geopoética es lo que antes llamaban influencia del paisaje o determinismo geográfico pero que realmente podría ir más allá del paisaje y del determinismo. Dicha tradición podría ser más amplia y diversa (si incluyéramos, por ejemplo, la *Anábasis* de Saint-John Perse) de lo que sugieren títulos como *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento; *Un hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz; *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada; *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas; *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz; *El laberinto de los tres minotauros*, de Juan Manuel Briceño Guerrero; *Casa-grande y senzala*, de Gilberto Freyre; *Insularismo*, de Antonio S. Pedreira; *Guatemala, las líneas de su mano*, de Luis Cardoza y Aragón; *La expresión americana*, de José Lezama Lima; *Indagación del choteo*, de Jorge Mañach; *El Pez de Oro*, de Gamaliel Churata; *El puertorriqueño dócil*, de René Marqués; *El arte de bregar*, de Arcadio Díaz Quiñones; *La isla que se repite*, de Antonio Benítez Rojo; y *donde*, de Eduardo Lalo. Hay muchos aciertos y también muchos despropósitos en ese tipo de experimento, pero creo que el procedimiento mismo de trabajar a partir de una o más figuras históricas, sociológicas o poéticas para caracterizar un espacio

social y geográfico sigue siendo interesante, en especial cuando ayuda a deconstruir ese espacio, dejando a un lado los límites del nacionalismo, el culturalismo y la identidad para acudir a una geopoética ampliada de mayor alcance que lo meramente geográfico. Y, sobre todo, en la medida en que pensar desde el cuerpo y su lugar en el mundo es ineludible pese a que se pueda discutir en qué medida distintos ensayos de este género logran hacerlo y con qué resultados. La pretensión de acceder a un pensamiento absolutamente desligado del cuerpo y del espacio que articula el cuerpo, cual si se pudieran pensar abstracciones flotantes en el universo, se estrella contra la negación de sus propias condiciones de posibilidad. Hay descorporizaciones y hay desterritorializaciones, pero siempre suponen el devenir otro cuerpo y otro territorio, como quiera que se mire. Esos otros cuerpos y territorios rebasan las nociones restringidas, antrópicas, de historia, sociedad y cultura y de sujetos determinados por estas.

¿Qué es el *efecto archipiélago* en el libro de Quintero? Es una constelación de metáforas, conceptos y referencias de inspiración ampliamente telúrica, cosmológica. La introducción de *La hoja de mar* es un manifiesto en fuga donde sucesivas aproximaciones al *efecto archipiélago* son capaces de abarcar más de 50 páginas. Cada intento de definición efectivamente huye de la definición categórica. Como cuestión de principios, este ensayo de Quintero pospone la claridad del concepto a favor de la exactitud de la expresión. No se pretende tanto explicar como sí expresar el pensamiento a través de los cinco, seis, nueve u once sentidos sensoriales y sus combinaciones. Este ensayo no discurrea sobre la importancia de la estética en la interpretación, es más bien una expresión estética del acto de interpretar. Por ahí hay quien habla de “prosa poética” como si hablara de un realce al maquillaje, mas aquí tenemos la voluntad de estilo inseparable de la voluntad de pensar. Ahora bien, ¿qué es, en fin, el *efecto archipiélago*? Lo mejor es citar una de las incontables definiciones esbozadas en el texto:

El efecto archipiélago es un efecto sin causa, pues la abertura marina es hundimiento o pérdida, condición sin pivote, llamado de la carne de la marejada. Bajo el árbol playero, en la noche, el archipiélago acentúa la penumbra que alebresta a los animales nocturnos. Marea, marejada, mareas también por ausencia de luz, estética de las mareas son algunos de sus disfraces, pues allí se consigna que esta teoría del mareo no es una disfuncionalidad simple, sino la marca de un orden sensorial tan expuesto a sus aguas como a las formas de la con-fusión donde se tornan indistinguibles el agua del rectángulo, la baba o el caracol. (34)

La abundancia de estas secuencias líricas no bloquea el concepto, sino que lo transporta, lo desplaza, lo voltea, lo acompaña incluso en sus contradicciones. Hay una contradicción, por ejemplo, y no es el cometido de estas líneas denunciarla ni reclamar que se resuelva. Por un lado, se sostiene que el efecto archipiélago es pura imagen, en el sentido de la figura poética, textual, invocándose así aquel famoso interdicto del *giro lingüístico* en la crítica, de que no hay nada fuera del lenguaje. Pero, por otro lado, se plantea con la mayor insistencia que el efecto archipiélago antecede al lenguaje y al texto: “en el archipiélago lo primero es el cuerpo” (31); se nos asegura. Las islas, las playas, las mareas, los moluscos, crustáceos y aguavivas, las fallas geológicas, las placas tectónicas, las montañas, las fosas, las hendiduras, las rajaduras, los orificios, las secreciones, las extremidades, el aire, el sol, la noche, la potencia e impotencia del deseo entrelazan el cuerpo y el territorio como factores geopoéticos del efecto archipiélago. En muchos sentidos, los factores que intervienen son más que geológicos o geográficos, más que tectónicos, pues los medios preferidos son el agua y el aire, abarcándose así amplias potencias del cosmos.

El efecto archipiélago también invoca a una comunidad que se adjetiva como democrática más bien a manera de una interrogante indefinible, o definida negativamente, como exceso político antepuesto al comunitarismo de etnia y nación y al concepto del “pueblo”. Se invoca la política, pero entendida como disenso corrosivamente impolítico, en consonancias con las ideas ampliamente citadas de Jacques Rancière. Por otro lado, mediante incisivas reconsideraciones de C. R. L. James, se cuestiona la manera un tanto desproporcionada y dogmática en que este pensador afroantillano convierte el legado revolucionario de Haití y de Cuba en eje histórico privilegiado del Caribe, la cual es sintomática del núcleo mitológico liberacionista al que nos hemos referido y que el propio Quintero desmonta en un libro anterior. Si algo, el *efecto archipiélago* no pretende ser liberacionista ni revolucionario (como tampoco contrarrevolucionario): “Lo archipiélagico –dice Quintero– no salva, ni reivindica, ni redime (dejémosle estos asuntos a los curas, a los pastores, profesores, poetas o escritores con sotanas invisibles)” (17). El efecto archipiélago tampoco reivindica expresiones marginales ni oprimidas (48), tampoco reivindica la identidad basada en la lengua ni en la “coparticipación sanguínea o pigmentográfica” (24) ni en “los fetiches de la heterogeneidad subalterna” (90). Se es consistente a lo largo de todo el ensayo en evitar perfilar sujeto político alguno y mucho menos otorgarle poder redentor a identidad

subjetiva alguna, y más que eso a cualquier identidad de cualquier tipo. Se prescinde por completo de todo *liberacionismo*. Estos “noes” se proclaman a veces con la resolución tajante del manifiesto.

El efecto archipiélago se define en gran medida por la vía negativa. Parecería que la suma de cosas que el efecto archipiélago *no es*, ayuda más a caracterizarlo que el destilado casi imposible de lo que efectivamente pueda ser. Sin embargo, de tal destilado se desprende algo muy interesante que el archipiélago sí podría ser y que podría caracterizar una propuesta central del ensayo: un cuerpo telúrico o más bien una constelación de cuerpos telúricos de alcance cósmico. El cuerpo telúrico es *legión* como el demonio. Es decir, se trata más bien de un enjambre multiespecie de cuerpos humanos, animales, vegetales, geológicos, climáticos, poéticos, conceptuales, sensoriales, afectivos y tecnológicos al que Donna Haraway imputa una fuerte orientación terráquea que no apunta a la trascendencia ni la inmanencia sino a un sinfín de maneras de bregar (“staying with the trouble”). Baso la expresión “cuerpo telúrico” en las ideas de Haraway, aunque ella no emplea dicha frase. El adjetivo “telúrico” tiene mala prensa en la crítica latinoamericanista, en especial desde que Carlos Fuentes y otros voceros del *boom* literario latinoamericano del siglo pasado volcaran su desprecio contra la llamada novela de la tierra y sus invocaciones telúricas. Desconcierta mucho, de hecho, la manera en que aquel telurismo pretendía fundir la tierra a los proyectos hegemónicos de la nación criolla. Pero estamos en otra época y el tema de la tierra se ve de otra manera ante el impacto del Antropoceno. Propongo trastocar el actual sentido común de la palabra “telúrico” por un sentido mutante. Desde tal sentido es que me permito señalar que Juan Carlos Quintero realiza en su ensayo nada menos que una lectura telúrica de importantísimos autores del Caribe insular hispanófono. Aunque el ensayo de Quintero lleva sus referencias a Rancière hacia otra dirección, veremos que si, según dice Rancière, la política comienza cuando se expresa en la sociedad un elemento que antes no contaba para nada, que antes no tenía voz en ella, entonces la irrupción de la disímil e incomún comunidad cósmica apunta aquí a una política radicalmente otra, que no se limita a la especie *homo sapiens* ni culmina en ella y que tampoco se limita a relaciones entre especies, sino también entre sus partes y órganos. Tal vez sin proponérselo así, el *efecto archipiélago* convoca a una legión de actores políticos nunca reconocidos por la polis moderna, convoca una cosmopolítica. Esa legión de demonios políticos es un cuerpo hecho de muchos cuerpos heterogéneos, humanos y no hu-

manos, bióticos y abióticos, con órganos, sin órganos y con trasplantes. El *efecto archipiélago*, con sus redes y enjambres de mareas, moluscos, crustáceos, vientos, lluvias, rayos, playas, fallas geológicas, hendiduras, rajas, orificios, bocas, deseos, sabores, olores, imágenes, toqueteos, vaginas, penes, estómagos, ojos, secreciones, aparatos y artificios poéticos afirma, pese a sus negaciones, una suerte de cuerpo telúrico inseparable de cierta poética, según sugiere el propio texto en varias proposiciones como esta: “La abertura archipelágica vincula el cuerpo con lo perceptible como extensión y como saber acuático” (53). Numerosos pasajes del libro matizan las expresiones articuladas al cuerpo del saber terrestre, del saber animal, del saber vegetal, etc.:

Más que un saber, lo sensorial es una disposición significativa del cuerpo y sus sentidos hacia aquello que lo rebasa y se abre ante sí. La incorporación de lo sentido será siempre luego asunto de interpretaciones, de absorciones, degluciones, de saboreos, de repasos. Ya sea como confusión del final de la tierra y el comienzo inabarcable del mar (la ola es un paréntesis giratorio de agua), o como con-fusión del sensorio y el objeto de sus sentidos, la falla archipelágica abalanza las sensaciones en un transitar negativo. El ojo es una hendidura saturada, lubricada entre los párpados. La lengua habita la hendidura de la boca y allí dispone de la saliva o el aire pronunciable de las palabras. En condición de archipiélago las hendiduras agitan las porosidades, la hendidura-remolino, la hendidura-resaca, la hendidura-natura, la hendidura-coral, la hendidura-esponja, la hendidura-sexo, la hendidura-sedimento, la hendidura-arena están hechas para mediar, para estar entre los cuerpos y las imágenes de (lo) sentido. (53)

Según Elisabeth von Samsonow, los cuerpos son entes transformadores por definición y todo cuerpo es esquizogámico, es decir, que posee un eros esquizo e histérico al existir como cuerpo solo en el acto mismo de establecer relaciones de devenir-otro con otros cuerpos, con órganos de otros cuerpos, con partículas de otros cuerpos mediante devoraciones digestivas y reproductivas (2016). Ello implica que todo cuerpo es parcial, incompleto y fragmentario por definición. Todo cuerpo es una serie de metamorfosis en curso. Las hendiduras y *rajas* tectónicas y orgánicas evocan el trasplante continuo de órganos, según las derivas de la esquizogamia. Es el caso del cuerpo telúrico del archipiélago, al cual Juan Carlos Quintero Herencia acude para realizar una serie de trasplantes en

las letras hispanoantillanas que redundan en un *archipiélago que se repite* y que es importante que se repita, pues aquí la repetición es expresión de la diferencia, es contra-efectuación continua del presente.

Nada más indicado, entonces, que iniciar esa serie archipelágica, como lo hace el libro, con *La isla que se repite*, de Benítez Rojo. A partir de una operación crítica sobre *La isla que se repite*, Quintero dirime de manera muy sugerente y pedagógica la querrela de los insulares y los continentales para proponer un archipiélago que se repite más allá de la dicotomía isla/continente. Como es de esperarse, la metáfora archipiélago resulta más abarcadora que la metáfora isla. Quintero demuestra a saciedad que, en comparación con el archipiélago, la isla de Benítez Rojo se queda corta en aquello de repetirse, que no es sino una manera de diseminar la diferencia prolífica del Caribe. Debo remarcar que este abordaje archipelágico de *La isla que se repite* oscila entre las aperturas a la multiplicidad y las restricciones del giro lingüístico. Por aquello de que para muestra un botón basta, me detengo brevemente en esta instancia de oscilación que involucra diferentes temas a lo largo del libro. El giro lingüístico acarrea, como es de suponer, cierto positivismo universalista en la medida en que el recurso a la hegemonía de la lengua (y de paso la letra alfabética) excluye formas de conocimiento y de existencia que no pasan por esos códigos glotocéntricos. Ello sucede hasta en las mejores familias. Es la situación de Lévi-Strauss en sus célebres *Mitológicas*, las que despliegan un reconocimiento realmente impresionante de la materialidad que enhebra el pensamiento mitológico, pero suprimen esa materialidad cuando la disuelven en el juego abstracto de las oposiciones estructurales de la lengua con tal de autentificar y acreditar la positividad pretendidamente universalista de la investigación (Lévi-Strauss). Cuando aborda el ensayo *La isla que se repite*, de Benítez Rojo, Quintero Herencia plantea convincentemente que para Benítez Rojo la naturaleza del Caribe es dispensadora privilegiada de una armonía-en-el-caos que prevalece cual ente ahistórico sobre los desafueros de la historia traída por Europa y concluye que el autor cubano, al atribuir toda capacidad de transformación a esa historia venida de afuera, soslaya así las contradicciones importantes de la vida de la región y la agencia y responsabilidad de las poblaciones caribeñas. Esto suena bien, y coincido. No coincido, sin embargo, con la estrategia analítica seguida aquí por Quintero Herencia de concentrar la crítica del ensayo cubano sobre el hecho de que en este se recurra a la magia ancestral y su autor parezca creer en “cosas *desas*” de agujeros y revelaciones. Me

parece que impugnar el recurso a la magia en sí misma como insuficiencia de la crítica es cargar un fardo ilustrado y positivista, de hecho bastante sujeto a la dicotomía cristiana (y monoteísta, en general) de la creencia y la incredulidad. La pertinencia de saberes ancestrales como el animismo y la magia no tiene nada que ver con creer o no creer, sino con los conceptos y herramientas propuestos para el pensamiento y procedimientos de acción convenientes o inconvenientes. La magia y la consecuente revelación de la “cierta manera” del caminar de las mujeres negras cubanas constituye más que nada una constatación del encantamiento del *objeto real*, del efecto que Graham Harman llama en inglés *allure*, ese artificio imaginativo del acto estético que tantea el resto insondable e incognoscible del objeto real, en este caso, la atmósfera afectiva que acompañó la Crisis de octubre de 1962 en Cuba (Harman). Esa es la dimensión del encantamiento, del *allure* del “caminao” de la negra cubana al cual Benítez Rojo atribuye una revelación mágica por su capacidad de desmentir la atmósfera apocalíptica dominante. Yo acotaría que en lugar de la magia en sí, sin la cual no hay arte ni literatura que valga, lo fallido es la centralidad e importancia desproporcionadas que adquieren las metáforas geopoéticas de la isla y la plantación en el ensayo de Benítez Rojo.

La condena implícita y explícita reiterada *ad nauseam* de todo lo que sea telurismo, saberes ancestrales, tradiciones populares, legados afro-indígenas, materialismo, magia o espiritualidad corre a lo largo de todo el libro acompañada de invocaciones de las mareas, las arenas, los movimientos tectónicos, los fenómenos meteorológicos, la fisiología corporal, los sentidos, las percepciones, los afectos y los encuentros multiespecies y multiórganos; invocaciones que, de hecho, al conceder agencia a la materialidad, al *animar* a esa red de entes materiales, redundan en un procedimiento de encantamiento mágico de los textos abordados. Si algo fascina en la escritura de Juan Carlos Quintero es su mágica relación con una corporalidad multiespecie diseminada. Igual sucede con los autores caribeños que enfoca. Por ejemplo, la metáfora del ajíaco de Fernando Ortiz es un impresionante encuentro telúrico de múltiples especies vegetales, animales y minerales en un caldo vivificador, *animador* de toda una transculturación, pero Quintero lo ostenta como expediente antitelúrico por excelencia. Tal pareciera que para Quintero todo lo que rezuma magia, tradición ancestral, sentido de la tierra, materialidad cruda, en fin, saberes no filtrados por el *logos* glotocéntrico y sus adherencias positivistas, es equivalente a residuo premoderno y, por ende, a atraso y barbarie,

y por esa vía vinculado a una metafísica originaria que alimentaría al populismo, al nacionalismo y el totalitarismo ejemplificados por el independentismo puertorriqueño, la Revolución Cubana y todo lo que se les asemeje. De ahí que, en un gesto no tan diferente del ejemplo ya citado de Lévi-Strauss, Quintero recurra a lavar su indudable vocación materialista, telúrica y mágica, depurándola, mediante la episteme del giro lingüístico, de todo elemento supuestamente antimoderno. Por suerte, ese gesto contradictorio en cierta manera realza lo que pretende eludir. Es un acto de prestidigitación en reversa, que en lugar de hacer pasar el escamoteo por magia, pretende escamotear la magia y pasarla por método positivo a la manera del mago de la novela homónima de César Aira, que se contrariaba porque los trucos le salían como magia de verdad. Ese impulso contrario, como la fricción del aire que opone y levanta el ala del pájaro, de alguna manera realza el vuelo mágico de la prosa de Quintero, cual si esta quisiera lucir su perseverancia.

Por tanto, la buena noticia es que *La hoja de mar*, en su exégesis a contracorriente de siete autores del canon cubano-puertorriqueño constituye uno de los eventos más importantes en la crítica caribeñista de los últimos años. Juan Carlos Quintero logra *volarse* y escapar del performance de la identidad y las tres rutinas de etnia, género y nación que, como él señala, constituyen el repertorio multiculturalista impuesto al investigador académico actual. Quienes buscamos algo más que ese repertorio multiculturalista ya disponemos de una pletórica, pormenorizada y reveladora relectura que nos lleva a recorrer la brujería de Benítez Rojo, la *hermenáutica* (que no hermenéutica) del “capitán metafórico” Antonio Pedreira, la gastronomía de Fernando Ortiz, la anemografía de José Lezama Lima, la oceanografía de Julia de Burgos, la gastroenterología óptica (trasplante de estómago con ojo) de Palés Matos y la carnicería de Virgilio Piñera. Pasamos del multiculturalismo a lo que Eduardo Viveiros de Castro llama el *multinaturalismo*, donde la naturaleza deja de ser el predio inmaculado contrapuesto a la cultura y obligado a fundamentarla, para diseminar la multiplicidad y el artificio, el conflicto y la complicidad en heterogéneas poblaciones multiespecies.

Obras citadas

Aira, César. *El mago*. Barcelona: Mondadori, 2002. Impreso.

De Castro, Eduardo Viveiros. *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología post-estructural*. Buenos Aires: Katz, 2010. Impreso.

- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1972. Impreso.
- Haraway, Donna. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Durham - London: Duke University Press, 2016. Impreso.
- Harman, Graham. *Guerrilla Metaphysics: Phenomenology and the Carpentry of Things*. Peru, Illinois: Open Court, 2005. Impreso.
- Lévi-Strauss, Claude. *Le Cru et le Cuit. Mythologiques I; Du miel aux cendres. Mythologiques II; L'Origine des manières de table. Mythologiques III; L'Homme nu. Mythologiques IV*. París: Plon, 1962-1971. Impreso.
- Ludueña Romandini, Fabián. *La comunidad de los espectros. I. Antropotecnia*. Madrid: Miño y Dávila, 2010. Impreso.
- Perse, Saint-John. *Anábasis*. Madrid: Visor, 2002. Impreso.
- Quintero Herencia, Juan Carlos. *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución Cubana (1960-1971)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2002. Impreso.
- Quintero Herencia, Juan Carlos. *La hoja de mar (:) Efecto archipiélago I*. Leiden: Almenara Press, 2016. Impreso.
- Rojo, Benítez. *La isla que se repite: para una representación de la cultura caribeña*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986. Impreso.
- Thun-Hohenstein, Felicitas, et al. *Elisabeth von Samsonow Transplants*. St. Pölten, Austria: Amt der Niederösterreichischen Landesregierung, Abteilung Kunst und Kultur, 2016. Impreso.